**Capítulo 2**

Desde que “*La Escollera*” abrió sus puertas en las afueras de la ciudad se convirtió en el restaurante favorito de Irene para almuerzos tranquilos, con largas sobremesas de toda la tarde. Alex y Gabi, sus dueños, habían sabido darle un ambiente marino sin falso recargamiento de redes y faros. Su enorme terraza de madera, asentada sobre las rocas negras de la orilla y protegida del sol con grandes lonetas, semejando velas de barcos, tenía dispuestas las mesas en torno a la gran cocina central, de tal manera que en cualquiera de ellas se podía disfrutar de las vistas y la brisa del mar.

Una excepción en Santa Cruz que, siendo una ciudad costera, vivía de espaldas al mar con todo su litoral ocupado por dársenas, muelles, contenedores y tanques de refinería. Irene, que amaba la ciudad en la que llevaba viviendo casi treinta años y consideraba como suya, se lamentaba una vez más con sus amigos porque no tuviera paseos y espacios junto al mar, cuando oyó el tono de llamada de su teléfono y vio en la pantalla que era su sobrina mayor. Se levantó para cogerlo, y se alejó hasta la barandilla para hablar con tranquilidad.

—Hola, tía Irene. Soy Carmen.

—Hola, cariño. ¿Va todo bien?

—Creo que vas a tener que venir antes de lo previsto. De hecho, tía, lo antes posible.

Irene se alarmó. Su sobrina no era proclive a preocuparla, sino todo lo contrario.

—¿Qué ocurre? Me estás asustando. ¿Tus padres están bien?

Irene había salido del restaurante ante el tono de su sobrina.

—Sí, tía. Tranquila, no van por ahí los tiros. Sabes que estábamos haciendo unas catas en los muros de la bodega, como nos pediste, para decidir el alcance de su restauración a la vista del estado en el que estuvieran.

—Sigue Carmen, por favor. Me tienes de los nervios.

—Vale. En la esquina izquierda del fondo, detrás de las grandes tinajas, descubrimos un falso muro, algo adelantado sobre el original pero casi imperceptible a simple vista. En la cata resultó estar hueco, por lo que decidimos picar.

—¿Y? —la apremió Irene, cada vez más intrigada.

—Detrás había un cadáver.

—¿Cómo un cadáver? ¿Qué quieres decir exactamente?

—Calma, tía —su sobrina había percibido el impacto de la noticia en ella—. Ya he avisado a la Guardia Civil y ellos al juzgado de guardia.

—¿Quieres decir que se trata del cadáver de una persona? —Irene encendió un segundo cigarro cada vez más nerviosa.

—Claro tía, si hubiera sido de un gato no te habría llamado.

—Carmen, deja el sarcasmo, por favor. Hazte cargo de mi estado en este momento. Entre todos los problemas que esperaba encontrarme cuando me embarqué en la restauración del balneario nunca habría podido imaginar éste.

—Lo comprendo —la consoló su sobrina— nosotros también estamos impactados. Desde luego el cadáver no es nada reciente y, a simple vista, se trata de una mujer. Lo más curioso es que la posición no parece denotar un sufrimiento propio de una muerte por emparedamiento, ni mucho menos.

—¿Y eso? —La intriga de Irene iba a más.

—Está vestida, o al menos el traje parece femenino, y tumbada en el suelo boca arriba. Da la impresión de que se hubiera echado a descansar después de una fiesta. El vestido, o lo que queda de él, es largo y parece muy elegante. Y hay otro detalle llamativo —prosiguió su sobrina.

—¿Cuál? Todo esto parece sacado de una novela.

—Junto al cadáver hay un quinqué y un libro abierto, como si se hubiera dormido mientras leía y se le hubiera caído de las manos. Todavía no puedo quitarme la imagen de la retina.

—Por Dios, ¡que disparate! Me imagino la impresión que te llevarías al verlo.

Contra todo pronóstico, Irene se había ido calmando con el transcurso de la conversación. Probablemente porque, de pronto, le parecía estar escuchando una historia de ficción. Como era habitual en ella, se dispuso a actuar de inmediato.

—Está bien, Carmen. Ahora mismo me pongo a buscar vuelo. En esta época no creo que me resulte difícil encontrar alguno para esta tarde. Cuando esté en el aeropuerto y tenga clara la hora de llegada te llamo. Intentaré enlazar con algún AVE. Ya avisaré para que me recoja alguien.

—De acuerdo, tía. Y tranquila, ya te he dicho que el cadáver tiene sus años, sin duda, y todo está bajo control.

—Vale. Pero si hay alguna novedad importante me llamas enseguida. Un besito, cariño. Y gracias por ocuparte de todo. Te llamo cuando tenga vuelo.

—Un beso, tía. Y buen viaje.

Irene aún se terminó el cigarro antes de volver a su mesa. Necesitaba asimilar lo que su sobrina le había contado. No tenía tiempo de dar detalles a sus amigos, así es que se quedarían haciendo mil conjeturas toda la tarde. Le pediría a Pablo que la llevase a casa para convencerle por el camino de que no era necesario que la acompañara. Él todavía no había terminado las clases, y tenía mil asuntos pendientes en el despacho.

Consiguió plaza en el Iberia de las ocho. Eso significaba que tendría que alquilar coche pues ya no llegaría a tiempo del último AVE. Hizo caso de su marido y, de camino al aeropuerto, reservó noche en un hotel a la salida de Madrid. Necesitaría descansar y, sobre todo, poner en orden sus ideas a solas. Seguro que por la mañana estaría más tranquila y conducir la relajaba. Al fin y al cabo, hasta Almagro sólo había un par de horas.

Llamó a su sobrina y se lo comunicó. Ella avisaría a sus hermanas y a su hermano, si es que no estaban ya en la finca.

Irene era la mayor de cuatro hermanos en el seno de una familia de claro predominio femenino y gobierno matriarcal, consentido con acomodo por sus escasos varones: su padre, su hermano, y su abuelo materno. A su abuelo paterno, Cosme, el constructor del primer Balneario Los Hervideros, no llegó a conocerle.

De los cuatro hermanos ella era la única que desde joven había vivido lejos. Sus dos hermanas pequeñas resultaron más apegadas a su tierra chica y, sin embargo, no tuvieron objeción alguna en que ella heredase el derruido balneario a la muerte de su padre. Su proyecto de rehabilitación les pareció inabordable cuando lo planteó, pero su escepticismo no les impidió apoyarla sin fisuras. Estaban muy unidas. Su hermano Juan, el último en llegar a la familia, siempre anduvo a caballo entre Almagro y Burdeos. Su llegada tardía provocó en su madre y sus hermanas un afán protector que, de alguna manera, le había forjado ese carácter un tanto infantil y descuidado que resultaba tan encantador. Cariñoso hasta la médula, y un auténtico desastre en su vida personal, gestionaba la finca y la nueva bodega con enorme éxito. El reconocimiento a la calidad de sus vinos crecía cada año.

El cartel indicador de Puerto Lápice le apareció delante mismo de los ojos como en un sueño. Iba tan absorta que casi se lo pasa. Inmediatamente cogió el desvío a la derecha, y continuó hasta La Venta del Quijote.

Era una costumbre de muchos años: siempre que hacían el trayecto de Madrid a Almagro por carretera paraban en La Venta, para almorzar, tomar un aperitivo o un café, dependiendo de la hora. La primera vez que lo hizo con Pablo, su marido quedó fascinado por la construcción y lo logrado de su recreación cervantina.

Se sentó, como siempre en verano, en una de las mesas de la galería del patio. Un viento suave mecía lentamente las grandes esteras de esparto que colgaban del techo a modo de quitasoles, aunque cumplían también la importante misión de espantamoscas, ayudadas por unas bolsas transparentes llenas de agua que, desde las vigas, colgaban encima de cada mesa.

A las diez de la mañana La Venta acababa de abrir y ella era su primer cliente. Agradeció la soledad. Contempló el patio, de sobra conocido, sin pensar en nada concreto. El suelo de cantos recién regados, la gran carreta del centro, los portones, las columnas y vigas de madera, los aperos de labranza, las paredes encaladas de blanco radiante con zócalo añil. Y el silencio.

Pidió un café y una botellita de agua, y llamó a su sobrina. Respondió al segundo tono.

—Hola, tía Irene. No me digas más, por la hora estás haciendo la parada en La Venta.

—Hola, cariño. Tienes razón, he parado en La Venta a tomar un café. En poco más de una hora estaré por ahí. Voy bien, anoche descansé, aunque el vuelo tuvo algo de retraso. Por eso no llamé al llegar, me pareció un poco tarde. ¿Cómo va todo? —prosiguió Irene.

—Bueno, pues ya te contaré con detalle cuando llegues. El juez de guardia levantó el cadáver casi a las diez de la noche, y la policía judicial aún siguió por aquí dos horas más. Dejaron acordonada la bodega y esta mañana volvieron a primera hora. Acaban de marcharse, pero la bodega sigue sellada.

—Vaya —se lamentó Irene con un toque de decepción— me habría gustado estar ahí y hablar con ellos.

—Tendrás ocasión. Me dejaron un número de teléfono para que les llames mañana. Eres la propietaria y necesitan hablar contigo. Hasta ahora lo han hecho conmigo y con mi madre.

—¿Mis hermanas están ahí?

—Solo mi madre. La tía Cata está trabajando. La próxima semana arranca el Festival de Teatro y tiene las reservas del hotel a tope. De hecho, creo que ya la mayoría de los huéspedes ha llegado.

—Claro, que despiste. ¿Y tu madre, no trabaja hoy?

—Anoche tuvo guardia y hoy, al salir, se ha venido conmigo para esperar a la científica y esperarte a ti. Está preparando la casa porque, conociéndote, sabe que querrás quedarte en ella. Y el tío Juan últimamente duerme más tiempo fuera que en la finca.

—Tu madre siempre igual. Seguro que está agotada de la guardia, pero no para. Que nervio de mujer…

—Dice que tuvo una guardia tranquila y pudo dormir. Además, se ha traído con ella a Rosario para que la ayude.

—Y tu tío Juan, ¿dónde está ahora?

—En el Salón del Vino de Burdeos. ¿No te acuerdas?, lleva meses hablando de su ponencia…. Se fue ayer a primera hora y no hemos querido llamarle para no inquietarle. Total, vuelve en unos días.

—Es cierto, tengo memoria de pez…—se lamentó Irene—. Bueno cariño, me termino el café y sigo. Nos vemos ahora.

—Un beso tía. Hasta dentro de un rato.

Irene aún se tomó unos minutos antes de pedir la cuenta. Aunque su sobrina le aseguraba que les permitirían seguir con las obras del balneario, salvo de momento la bodega, un posible retraso no dejaba de generarle inquietud. Había invertido años, esfuerzo y ahorros en el diseño del proyecto de rehabilitación, en los permisos necesarios, en recabar alguna subvención de la Junta de Comunidades, en la solicitud de créditos…

Pero, sobre todo, le inquietaba la aparición del cadáver de una mujer emparedado en la bodega de sus abuelos. Las preguntas se agolpaban en su cabeza… ¿A quién pertenecería? ¿Quién o quiénes pudieron darle una muerte tan horrible? Y, ¿por qué? ¿Habría sido ésa la causa real, y no confesada, del abandono del balneario?